

OBLIGADO, Clara (2020).

Una casa lejos de casa. La escritura extranjera.

Madrid: Ediciones Contrabando.

Una reseña de:

LOLA BURGOS BALLESTER

Universidad de Alcalá

dolores.burgos@uah.es

La escritura extranjera completa el título de esta última obra de Clara Obligado, quien confiesa haber recorrido, en ella, “con una mirada crítica y honesta [su] propia vida y la historia que [vivió]” (Alarcón y Salazar, 2020). La postura vital asumida desde la emigración conlleva de forma intrínseca una doble naturaleza, una alteridad que no solo conforma la idiosincrasia de quien escribe, sino que permea también la creación narrativa. Como resultado, la autora ofrece un libro híbrido, un ensayo metalingüístico que, sostenido por un fino hilo narrativo, versa sobre la escritura posible desde su condición de mujer y de exiliada. Dicha duplicidad condiciona el género literario, cuyos límites se desdibujan hasta impedir una sencilla catalogación; el propio contenido, porque los elementos autobiográficos se combinan sutilmente con una clara intención literaria; y la misma estructura del libro, dividido en dos capítulos –“En casa” y “Lejos de casa”– que remiten al título de la obra. Esta dualidad se aprecia también en los espacios, pues la mirada y los recuerdos oscilan entre Buenos Aires y Madrid, y en la cronología, ya que esos dos capítulos y esos dos lugares se corresponden con dos marcos temporales acotados: 1950-1976 en la capital porteña y en la primera parte, frente a una segunda experiencia personal, iniciada a partir de su exilio en Madrid al inicio de la dictadura militar en Argentina.

“Mis ficciones también, de una manera pudorosa y secreta, son diarios” (95). Con esta declaración de Obligado, incluida en la obra que nos ocupa, se revela la hibridez deliberada en la producción de la autora, que en alguna ocasión ha definido su escritura como inestable o degenerada, esto es, fuera de los géneros. En efecto, en las casi cien páginas que componen el discurso se desarrolla un meditado entramado de materiales narrativos,

autobiográficos, aforísticos, ficcionales y ensayísticos que sitúan *Una casa lejos de casa* en la indefinición genérica a las que nos referíamos antes. Rehúyo la clasificación reduccionista que supondría aplicar exclusivamente una disyuntiva o una copulativa, pues tal es la intención que deja entrever la voz autoral: una escritura y una lectura “sin complejos”. Un contar inestable conformado por esta prosa mixta, donde la recreación de diálogos, que implican una necesaria elaboración literaria, y la existencia de algunos personajes –aunque escasos y con poca presencia– se combinan con el carácter introspectivo y con la voz homodiegética de Obligado.

No obstante, el lector puede apreciar un cambio de tono entre las dos partes, con un predominio más evidente de la narración en la rememoración de su infancia frente a la adopción de una postura más ensayística en el exilio, el gran estructurador de esta obra en dos capítulos, en dos tiempos y en dos espacios. Claramente, las posibilidades que ofrece la experiencia exílica, desde el dolor, la distancia y la otredad, favorecen las reflexiones en torno a una identidad fragmentada. Ajena al país de acogida y lejana a su Argentina natal, Obligado se plantea concienzudamente cuál es y cuál debe ser la labor del escritor exiliado, para quien la representación de la realidad se convierte en un problema estético y moral. Surgen así las *Eternas Preguntas* que hostigan a todo intelectual desde el no-lugar del destierro, desde “las puertas del infierno”:

para qué contar, qué contar, cómo contar, y a quién contar, cuyas respuestas son, en este caso, particularmente arduas. (49)

Esta primera cuestión –la finalidad de la escritu-

ra– ya fue abordada por exiliados como Max Aub, en el contexto del destierro español republicano de 1939, o Laura Alcoba, quien no solo comparte con Obligado la nacionalidad, sino también la experiencia común de la dictadura argentina. Tal y como dejan entrever en algunas de sus obras narrativas, ambos concebían la literatura por su doble función testimonial –garantía, con perspectivas hacia el futuro, del recuerdo a los vencidos– y rehabilitadora, pues permitía enfrentar y olvidar, desde el dolor del presente, un pasado silenciado por los discursos de la ortodoxia:

Escribo para olvidar. Creo que al dejar estas hojas en un cajón de mi escritorio descansaré. [...] Aquí quedan también, enterrados, Remigio y la Segunda República –la nuestra–. Ya pronto no habrá quien se acuerde de ellos, como no sea por los libros. Ojalá sirvan entonces estas páginas. (Aub, 1965: 44-45)

Este esfuerzo de memoria para hablar de la Argentina de los Montoneros, de la dictadura y del terror, desde las alturas de la niña que fui, no es tanto por recordar como por ver si consigo, al cabo, de una vez, olvidar un poco. (Alcoba, 2008: 14).

La autora del presente libro, sin embargo, confiesa que “la única manera de recuperar [su país] era crear un puente de palabras. Contar el lugar que ya nunca se volverá a tener” (72). Se persigue, entonces, establecer, a partir de la escritura, una conexión simbólica con un espacio y un tiempo perdidos. Un propósito que no conduce al olvido, sino a “retener un mundo” (75) irrecuperable.

Asimismo, el último interrogante que plantea Obligado y que atañe al destinatario recuerda al

conocido ensayo “Para quién escribimos nosotros” de otro exiliado español, Francisco Ayala. En él, el autor de *La cabeza del cordero* y de *Los usurpadores*, olvidado por la comunidad española del interior y extraño a la intelectualidad americana, señalaba esta ausencia de un lector concreto y real a quien pudiera dirigirse. Ante tal circunstancia, Ayala definía a los desterrados como

almas solitarias, [...] obstinados y secretísimos anacoretas, disimulados entre las muchedumbres y retirados en medio de la ciudad, a la espera de ser descubiertos. (Ayala, 1949: 58)

Más de sesenta años después, en un desplazamiento inverso que parte de América rumbo a España, Obligado retoma estas preocupaciones, enriqueciendo la forma ensayística con pinceladas humorísticas y con un estilo natural, directo y honesto. *Una casa lejos de casa* no transmite únicamente una visión negativa del exilio, entendido como la condena a una escritura anómala y como la ruptura nunca superada con el pasado. Al contrario, explica cómo la literatura emerge desde la problemática de dicha circunstancia para reconciliarla con este trance traumático, en tanto que el extrañamiento es considerado una oportunidad propicia para ejercer “este oficio incierto, duro, apasionante” (108). Los lectores asistimos así a una valoración subjetiva, simultáneamente crítica y benévola, del destierro. *Des-* o *ex-*, prefijos que conforman los conceptos de *exilio*, *desterrado* o *extranjero*, denotan tanto negación –de una identidad definida, de una posición nuclear y de un lugar concreto al que aferrarse– como lejanía –del pasado y del presente, de una patria abandonada y de un nuevo destino asimilado, de la sociedad argentina que olvida y de los ciudadanos españoles que señalan–. Una

distancia (*Una casa lejos de casa*) y una privación (*La escritura extranjera*) que ya aparecen, además, en el propio título y en el subtítulo del libro. Ambos sentimientos son referidos por la autora desde las voces y las palabras de Antonio Machado, que también tuvo que “partir hacia un país lejano” (31); de Lope de Vega, cuyo elogio a aquel que desprecia “honoros, pretensiones y lugares” (39) remite al desarraigo; de Borges, para quien hay un destiempo implícito en “los hechos graves” (46), un pasado truncado y un presente y futuro inconexos; de Hugo de San Víctor, que pondera la libertad y el desapego del ciudadano de mundo que considera cualquier “tierra extraña” (77); o de Kafka, cuya metáfora sugiere cómo, al igual que los árboles, nos hallamos solo aparentemente “afianzados en el suelo” (9). Ya otro exiliado, Adolfo Sánchez Vázquez, en su ensayo de 1977 “Fin del exilio y exilio sin fin”, se describía como un ser *aterrado*, sin tierra, sin raíces y sin centro –de nuevo, la negación–:

Siempre en vilo, sin tocar tierra. El desterrado, al perder su tierra, se queda aterrado (en su sentido originario: sin tierra). El destierro no es un simple trasplante de un hombre de una tierra a otra; no es solo la pérdida de la tierra propia, sino con ello la pérdida de la tierra como raíz o centro. [...] Está en vilo sin asentarse en ella. Cortadas sus raíces, no puede arraigarse aquí; prendido del pasado, arrastrado por el futuro, no vive el presente. (Sánchez Vázquez, 2000: 164)

Amén de estas dualidades entre espacios, tiempos e identidades, se abordan otras cuestiones en las que también se establece una frontera entre dos elementos, con el consecuente desplazamiento de uno de ellos. La lengua, en este sentido, es perci-

bida como un seña personal que ha condicionado los diferentes estadios vitales de la autora. En la infancia, el predominio del francés en el ámbito escolar y público relega al inglés, idioma del afecto y de la niñez, y al guaraní, reservado para los estratos sociales menos favorecidos, a una posición marginal y de manifiesta inferioridad. Análogamente, desde el exilio en España, se alude a una única lengua, el castellano, cuya falsa proximidad entre la variedad peninsular y la rioplatense no solo genera multitud de anécdotas y confusiones semánticas que obligan a traducir “del castellano al castellano” (23), sino que también clasifica a Obligado como “la otra”, la eterna extranjera. Desde la postura feminista de la escritora, la posición de la mujer en la esfera intelectual, en especial en la sociedad patriarcal de los siglos xx y xxi, es también asumida como una frontera. El género ha servido, pues, para imponer unos límites, afortunadamente franqueables; una concepción que ha insistido en la distinción, claramente reduccionista, entre una literatura masculina y otra femenina y en la atribución, inapropiada por demás, de un papel pasivo a las lectoras.

Una casa lejos de casa se define como un testimonio franco, directo, que, si bien fue escrito en apenas tres meses de confinamiento durante la crisis sanitaria actual, es producto de profundas reflexiones. Estas, meditadas durante muchos años por la autora, han sido organizadas y materializadas en un tiempo sorprendentemente breve si se atiende a la intensidad del contenido. El carácter introspectivo de la obra revela el bagaje vital y profesional de Obligado; su estilo exquisito, caracterizado por las frases cortas y concisas, pero rotundas y sentenciosas, constata su trayectoria prolífica como narradora y como directora de diversos ta-

lles de escritura. El presente libro es, asimismo, un ejemplo idóneo del hibridismo con que esta escritora acostumbra a enfrentar su labor creativa.

Términos como *frontera* o *dualidad* se adecúan perfectamente a la descripción de estas excepcionales páginas. La forma y el fondo, con elementos que transitan las categorías de la novela y del ensayo, por un lado, y de la memoria y de la ficción, por el otro, evidencian la resistencia de Obligado a inscribirse en un único género literario y en un solo modo de afrontar la realidad. Su condición de exiliada, en un umbral indeterminado con entrada al nuevo destino, es también dual en tanto que su extranjería dialoga con la asimilación al país de acogida. Además, la lengua puede tener un poder disgregador y crear divisiones, vitales en el caso de la infancia y de la madurez con el inglés; de clases y de registros con respecto al guaraní; espaciales e identitarias con el castellano de América y España. Finalmente, Obligado cataloga a la mujer como una figura desplazada, situada en los márgenes de un campo intelectual y literario dominado por los criterios de distinción y segregación masculinos. Ante tales injusticias, la autora adopta el compromiso social de recuperar a estas escritoras olvidadas y de leerse “a través de ellas” (34), aun con siglos de diferencia.

En conclusión, más allá de resultar una biografía novelada o un ensayo narrativo, en estas páginas se asiste a unas confesiones, o “historias de vida” (49) en palabras de la propia voz autoral. La sinceridad con la que acomete esta labor es incuestionable, pese a que ella misma reconoce la inexistencia de una única verdad, la fusión y confusión de lo evocado y la superposición constante de la imaginación:

Mientras escribo estas páginas se diluyen los límites entre lo que recuerdo, lo que imagino

lo que me cuento. ¿Cuál es la verdad? Imágenes que se superponen y se contradicen. Mis padres, lo que sé y lo que ignoro sobre ellos, lo que dijeron, lo que callaron, lo que intentaron esconder. Lo que, a pesar de ellos, vi. Esa visión de radiografía que proyectan los niños sobre los adultos. Sombras y luces. Nos contamos historias y los ligeros cambios de perspectiva las modifican por completo. Todos los días reformulo el pasado. (21)

Esta “doble lógica, la de los recuerdos y la de la ficción” (39) se atribuye a la distancia temporal desde la que escribe y rememora un tiempo pretérito. De hecho, similares declaraciones metaliterarias aparecen en la extraordinaria novela de 1990 *Historia de una maestra*, de Josefina Aldecoa, quien, a través del personaje de Gabriela, admitiría también estas preocupaciones: la transformación, complicación o simplificación de la realidad, la fiabilidad de su registro o la presencia de “actas confusas o contradictorias, según el poso que el tiempo haya dejado en los recodos de la memoria” (Aldecoa, 2020: 60).

La intención, en fin, de esta escritora “un poco excéntrica, obsesiva, cerebral” (30), como ella misma se define, es enfrentar su pasado, intentar comprenderlo y ofrecer la experiencia particular de su exilio. Inevitablemente, reflexiones de semejante profundidad y valor adquieren un alcance general, mucho más amplio, que trasciende el caso particular y que permite relacionar su discurso con el

de otros intelectuales, víctimas también de destierros, aunque en contextos y espacios diferentes. Con este afán de literatura terapéutica, la autora se erige como destinataria de sus propias páginas, o como “interlocutora cruel” en términos de Elias Canetti –concepto que no casualmente da nombre a la colección de Ediciones Contrabando en la que se incluye la obra–. No hay en absoluto egoísmo, sin embargo, en las palabras de Obligado, sino franqueza con los lectores, a quienes refiere un pasado suspendido y un presente dichoso, además de literariamente prolífico. Proyectamos nosotros, ávidos de lecturas de esta categoría, un futuro cercano en el que seguir disfrutando de su escritura.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Javier Ignacio y SALAZAR, Andreína Isabel. “Una escritora extranjera. Entrevista a Clara Obligado”. *Contrapunto* (2020).
- Alcoba, Laura (2008). *La casa de los conejos*. Barcelona: Edhasa.
- Aldecoa, Josefina (2020). *Historia de una maestra*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Aub, Max (1965): “El remate”. *Historias de mala muerte (Obras incompletas de Max Aub)*. México D.F.: Joaquín Mortiz: 7-45.
- Ayala, Francisco. “Para quién escribimos nosotros”. *Cuadernos Americanos* 1 (1949): 36-58.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. “Fin del exilio y exilio sin fin”. *Renacimiento* 21 (2000): 164-165.